

pareció no sólo una aberración que hicieran eso, sino un acto contra la belleza, contra la naturaleza y pensé: puercos, asquerosos, inmundos, cómo es posible que nuestros padres que tanto queremos y admiramos hagan esa cochizada tan inmunda que es sólo para los animales. Estuve muchos días deprimido. Para mí la vida era bella, admirando a todos, espionando, ansiando, pero jamás acercándome a nadie y menos para hacer esa porquería y menos, mucho menos, con una mujer. A mí no me intrigaba nada de una mujer, no me interesaban ni sus pies ni su cara ni su cuerpo y muchísimo menos su parte, si no me interesaba meterla en ninguna parte y nadie debería hacer esa porquería. Entonces me comenzó a inquietar la región genital de los hombres, sólo para ver todo aquel bosque de pelos, toda esa pelambre oculta que sólo le salía a los hombres no a las porquerías como yo. Cuando iba a alguna alberca, qué emoción si alguien se desnudaba y dejaba ver toda esa zona misteriosa donde había un bosque de pelos negros enmarcando ese bellissimo pájaro colgado y eso, todo lo demás, luego los pezones del hombre. A veces me fijaba en la camisa

abierta de Sergio que dejaba ver unos pezoncitos lindos, aunque él no me gustaba pero qué bonitos pezones; luego al caminar, cómo movía las nalgas; en cambio yo sólo no tenía nalgas, sino ni cuerpo ni brazos ni nada, ni pelos. Tenía muy poco pelo en el pubis, en la cara nada. Una carita dulce de niño, dientes de ardillita, todo ridículo. Los otros niños, mis compañeros, cada vez con sus caras peludas, caras de bruto, como Nazar, con su cara de árabe, sus pelos de árabe, su nariz y sus ojos de árabe, a ése me gustaba espionarlo cuando iba al baño y me masturbaba viéndolo, yo me frotaba contra la puerta, contra la pared y me lo imaginaba y lo veía. Fue cuando compré todas esas fotografías de Miroslava. Todos creían que yo estaba enamorado de Miroslava, pero no: yo soñaba con ser Miroslava, me hubiera gustado ser Miroslava y entregarme a Nazar y a Rolando con sus patotas y su enorme dedo gordo con el que fantaseaba mientras me masturbaba, veía mi pene como si fuera su hermoso pie mordisqueado por la boquita de Miroslava, el pie de Rolando...

Eugenio Núñez Ang. Hombre de letras en todo el sentido de la palabra. Profesor, exdirector de la Facultad de Humanidades de la UAEM, actor. Actual director de Radio Mexiquense.

Ilustración: Gonzalo Utrilla

Este número aparece gracias al apoyo de anónimos y viejos simpatizantes de la tribu tunAstral

Carta Literaria de la Tribu

tunAstral

Número 7. 19 de abril de 1993

Editor: Roberto Fernández Iglesias

Dirección: Calle Porfirio Díaz 216.
Col. Universidad.
Toluca, México. C.P.
50130.
MEXICO



Teléfonos: (72) 19 54 36 y (72) 19 54 28
Se solicita amistad, canje, correspondencia.
Se responde por colaboraciones no solicitadas.

Cafés Literarios tunAstral

todos los lunes 20 horas

Mayo de 1993

- | | | |
|-----|---------------------|---------------|
| 3. | Salvador Alcocer | (poesía) |
| 17. | Flora Campillo | (poesía) |
| 24. | Estridencia LunatiK | (revista) |
| 31. | El # 100 | (celebración) |

Restaurante Biarritz
5 de Febrero esquina Nigromante
Toluca, México



carta literaria de la tribu

amor es la palabra / poesía, la acción

Los papeles de Isabel Bravo

(fragmento de novela)

Eugenio Núñez Ang

7

La primera sensación erótica de autocomplacencia fue en plena cuna, probablemente antes de cumplir tres años y aún tengo viva la imagen. La cuna era todo mi mundo. Allí estaba solo, siempre solo. No importaba si alguien estaba en el cuarto, yo me aislaba en mi propio espacio. Un día, tocándome me alcancé un pie y comienzo a mamar mi dedo gordo y siento un placer, una satisfacción, me siento a gusto, muy a gusto. Después comencé a notar que me daba mucha, muchísima vergüenza enseñar mis pies, comienzo entonces a tener pesadillas consistentes en entrar descalzo y estar rodeado de gente vestida. La vergüenza era tal que siento una gran angustia no sólo en mis sueños sino aun en mi vida diurna. En una reunión de varios niños estamos sentados al borde de un tambo con agua y todos tenemos zapatos, alguien dice: hay que quitarnos los zapatos y yo escucho "para mostrar los quesos", todos se descalzan menos yo, entonces veo los pies de todos y observo que todos tienen los pies mejores que los míos, los míos son horribles, los dedos débiles y amontonados, el segundo dedo escondido, el dedo chiquito aplastado por el cuarto, la planta del pie plana, mis pies son la parte más fea de mi horrible cuerpo, realmente yo no tengo nada bonito, todo es feo y mis pies lo peor, hay que esconderlos siempre. Comienzo a considerar los pies de los hombres como algo que yo no tengo y empiezo a pensar en pies, en pies, en pies. Cuando hace mucho frío todos traen zapatos, menos los indios, unos andan descalzos, otros traen huaraches. Pero los pies de los indios no me interesan, ni sus piernas, sólo me atraen los pies de los hombres bellos, los pies de los que tienen lo que yo no tengo: belleza y apostura. Mil piernas desnudas de los indios, por fuertes y cobrizas que parezcan no me llenan, no me intrigan, no me ponen nervioso; pero cuando cerca de mí tengo al esposo de mi tía Lety... él viene de la costa, en la costa hablan como sin importarles nada. El es de Coatzacoalcos, es moreno pero no es indio, por él sí me siento atraído, por ese hombre tan diferente que no camina como los de aquí, además a mediodía usa sandalias que dejan ver sus pies, qué maravilla de pies tan bonitos, son fuertes, con gruesas venas y unos pelitos suaves que se prolongan por la pierna, podría verlos por horas, cuando todos están reunidos comiendo y a mí no me toman en cuenta yo me agacho como para buscar algo, entonces aprovecho y me quedo así observando esos pies, qué belleza de pies, de dedos, del arco, pero luego siento una especie de vergüenza, qué descarado, me digo, cómo se atreven a enseñar sus patas, es como mostrar todo lo más secreto de nosotros, aquí no es como en la costa, aquí nadie enseña sus pies y como no los enseñan, están macerados y aplastados y feos; pero en la costa hay calor, allí son descarados y no tienen la más mínima vergüenza de enseñar sus pies, sus maravillas, no sé cómo hay gente que se atreve a tanto y es tan varonil. No como yo... que nunca se levante de la mesa, sigan platicando yo no escucho nada yo estoy aquí escondido para ver los pies aquí a nivel del suelo viendo sólo los pies de mi tío, de mi tío Eduardo, Eduardo Villegas de la O, hasta el nombre lo tiene bonito. Viene de lejos a enamorar a mi tía, qué suerte de mi tía de tener a ese hombre, a esos pies para ella sola. Yo no me atrevería ni a tocarlos, mucho menos a besarlos, aunque me dan ganas, nomás con verlos tengo. Pero ella puede chuparlos, sobre todo mamarlos, mordisquearlos, olerlos, platicar con ellos, con esos pies que yo me conformo con ver. ¿Por qué no tendré yo unos pies como esos, de hombre verdadero? ¿Qué se habrá hecho ese tío Eduardo, Eduardo Villegas de la O? Porque años más tarde llego otro tío,

casado con otra hermana de mi madre; éste también es muy varonil, ha de calzar del ocho por esos zapatotes tan grandes, pero tan limpios, tan elegantes, todos brillosos. Como siempre ando agachado no se dan cuenta que le veo los pies se los adivino y esta noche se va a quedar a dormir en nuestra casa y yo voy a meterme debajo de la cama donde va a dormir, allí espero ya están cenando ya se están despidiendo hasta mañana dicen, hasta mañana responden. Yo me esconderé aquí el tiempo necesario para cuando llegue, al sentarse en la cama yo pueda ver sus pies cuando se quite los zapatos, los calcetines, y después, cuando se duerma, debo escuchar cuando ronque, entonces yo me asomo y poco a poco, muy poco a poco, sin despertarlo y oyendo el ritmo de su respiración, puedo ir quitando las sábanas, levantándolas hasta ver el objeto idolatrado: los pies del hombre, primero un pie, acercaré mi mano por la pura delicia de un pequeño roce y si está muy dormido tocar furtivamente el pie y luego apretarlo o explorarlo, tocarlo de cerca, meter las manos entre los dedos y quién sabe; ya viene caminando se despide, veo caminar los zapatos, se comienza a desvestirse, se quita la ropa, ahora los zapatos, yo veo cómo se ven desde atrás los talones al quedar colgados, sin zapatos, luego se quita los calcetines (siento un placer espantoso, un placer que hace sentir ardiendo todo el cuerpo y mi corazón golpea

aceleradamente mientras algo me crece en medio de las piernas, el miedo de ser descubierto me hace más gozosa mi situación) pero no me da tiempo de verle los pies adorados porque apaga la luz y desaparece todo, sólo quedo sin poder respirar, toco los zapatos y cojo los calcetines, los huelo, los paso por mi cuerpo, huelen tan bien, huelen a algo especial, ese olor son sus pies, quisiera que me pisaran todo el día, quisiera servir de alfombra a esos pies que pertenecen a ese hombre de voz fuerte, barba, con el pelo ensortijado, la nariz aguileña, los dientes perfectos, moreno, esposo de mi tía y padre de mis primos. Se parece a Robert Donat del cual me enamoré en *Adiós Mister Chips* y yo aquí tengo sus pies, sus calcetines y yo podía quedarme en este piso, debajo

de esta cama, podría quedarme toda la vida aquí si supiera que voy a ver esos pies deseados, podría vivir nada más para quitarle los zapatos, luego los calcetines y después ver esos pies que son de él y no me importa cómo son sino siendo de él son la parte más codiciada, siempre ocultos como la parte más misteriosa del

individuo, porque para mí lo más bello del hombre son sus pies, los dos, con sus talones, sus dedos, el arco, la planta, los surcos. Qué maravilla sería que los hombres bellos anduvieran con sandalias, que los extranjeros se descalzaran, esos son bellísimos. Uno de los pocos actores que comenzaron a salir no sólo con los pies desnudos sino con los pechos al aire, con pantalones bombachos, con chalequitos escotados fue John Hall, para mí era el hombre más bello y más atractivo del mundo de los cuarentas. Me dediqué a ver la película que viniera de él y cuando aparecían sus pies entonces llegaba a espasmos y contorsiones de placer. Perseguía sus películas por cines de tercera y cuarta tomando hasta tres y cuatro camiones para ver películas de John Hall.



Muchas películas las había visto tantas veces que yo ya sabía en qué momento se iban a ver sus pies, sus hermosos pies, para ese momento yo ya estaba con la bragueta abierta, listo para cuando se vieran los pies amados, yo me masturbaba y eyaculaba en ese preciso instante, nada más viéndolos. Cuánto hubiera dado por tener fotografías de John Hall, cuánto por tener alguna foto de sus pies. Antes no me fijaba cómo eran los pies, sino de quién eran los pies, de tal manera que si ahora alguien que me gusta tiene los pies feos pues procuro no pensar en ellos o no les pongo atención. Antes, si me gustaba alguien, los pies de ese alguien fueran como fueran me atraían al grado de querer poseer esos pies, aun sólo para estar viéndolos sin compromiso con el resto de la persona, veía su pecho sabiendo que estaba tendido descalzo. Como las películas de árabes se prestaban para que saliera medio desnudo o que lo hicieran prisionero, yo estaba pendiente si lo iban a desnudar y casi quería asomarme por la pantalla para ver que saliera medio desnudo o que lo hicieran prisionero y yo allí pendiente para ver los pies de mi adorado. Aparte de los pies de John Hall, perseguí los pies de los Tarzanes! Los pies de

Lex Barker y sus piernas largas, finas, estupendas. Si había alguna foto de algún actor que me gustara, aunque no se vieran los pies, guardaba esas fotos como oro molido, para poderlos ver y masturbarme, tuve fotos de los pies de Rock Hudson, de William Holden que por cierto tenía un dedo mal, pero a mí no me importaba, me hubiera gustado tener los de Pedro Armendariz, ese era el único mexicano que me excitaba porque ni Pedro ni Jorge ni Arturo, Infante digo porque el otro sí, muchísimo. Desde que me apasioné por el cine y los actores, comencé a hacer mis álbumes de artistas, pero se perdieron. Aparte de mis ídolos hombres, a los cuales no veía gentilmente sino como ídolos de mi cielo particular y sin saber porqué me apasionaban como James Cagney, Paul

Muni, los encontraba maravillosos, irresistibles; me intrigaban sin pensar exactamente ni en sus pies ni en sus caras, sino en sus personajes y en su personalidad. También tuve un ídolo que me hizo feliz, me enloqueció, esperaba sus películas como lluvia caída del cielo y era tal la expectación que las anticipaba con una ansiedad agudísima y eran las de Greta Garbo, ella me fulminó, y no había ilusión más grande en mi vida que ver películas de la Garbo. También me tenían embobado Bette Davis, Joan Crawford, Ann Sheridan, Louise Rainer, Vivien Leigh; me fijaba tanto que me daba cuenta hasta de actrices secundarias que nadie conocía como Beatrice Pearson, y también me fascinó Virginia Bruce, Kay Francis, las consideraba muy bellas y de casi todos los galanes de las buenas películas salía enamorado. A medida que se fue declarando mi predilección por los artistas y no por las artistas, todavía no pensé que hubiera algo raro pues no tenía ni la menor idea de que esto fuera algún problema. Todo sucedía dentro de mí y no llegaba al acto específico de tener que acercarme o tener relaciones pues todavía no se declaraba mi genitalidad e inclusive, cuando estuve enamorado de mi papá por muchos años, al principio de la adolescencia, cuando pasó de ser mi Dios a mi galán más admirado, lo consideraba bellísimo y lo espiaba y lo ansiaba en su hamaca, sabiendo que dormía o lo espiaba en el baño, para ver algo de él, pero acercarme jamás, ni siquiera tocarlo, eso no, pues todavía eran cosas en un terreno erótico pero no genital. Cuando comencé a tener erecciones, entonces ya mi papá no era mi galán, sino que comencé a ver que eran mis compañeros de la escuela, los artistas y sobre todo los deportistas retratados en las revistas. La primera erección que recuerdo fue cuando tenía once o doce años. Me gustaba pasar muchas horas encerrado en el baño, porque me gustaba mucho estar solo y me pasaba frotando las piernas, los muslos seguramente, sin saber y en la erección inesperada comenzó a salir unas gotas amarillentas muy ardorosas, muy dolorosas, pero que me produjeron cierto descanso o cierta molestia o me intrigó y así comencé a buscar la erección y poco a poco a repetir hasta que empecé a obtener no sólo más líquido y más blanco sino más placer y además comencé con erecciones a toda hora y a esconderme y a masturbarme, varias veces al día. Se me empezó a despertar el deseo inespecífico cuando estudiaba con mis compañeros, noté que al tener la pierna de ellos cerca me producía un placer inmenso y eyaculaba, nada más con el puro roce de sus piernas, aunque ellos no se dieron cuenta. Fue en ese entonces cuando oí que alguien me platicó lo que eran las relaciones sexuales entre hombre y mujer, me dijo que el miembro del hombre entraba en la cosa de la mujer, a mí me